

Homenaje a
Rodrigo Flores Álvarez
AUCH, 5ª serie, Nº 21 (1989): 1-2

UNA APROXIMACIÓN A RODRIGO FLORES

EDMUNDO CONCHA

Un hombre de estatura normal, de rostro más bien moreno, se desplaza por entre la multitud del centro. Su paso es tardo y al parecer sin rumbo fijo. De súbito se detiene a mirar minuciosamente una vitrina. Luego, prosigue su caminata, sin que nadie repare en él, por no ser precisamente un rostro conocido, de esos que aparecen hasta el hartazgo en los medios de comunicación. Bajo ese amparo, que él siempre ha preferido, sigue sorteando el vaivén del gentío hasta desaparecer del todo.

Y una vez más las apariencias engañan. Ese hombre ha sido Vicepresidente de la Asociación Mundial de Ingeniería Antisísmica, es Medalla de Oro del Instituto de Ingenieros, es ex campeón de ajedrez de Chile, es Miembro de Número de la Academia de Ciencias, es Profesor Titular de la Escuela de Ingeniería, de la cual ha sido Director, y es Presidente de una oficina de consultoría donde trabajan numerosos profesionales.

Es un ingeniero civil que pertenece a una destacada generación, la que egresó en 1936, y ha tenido una decisiva participación en el progreso y en la modernización del país. Fue ella la que, bajo la égida de la CORFO, hizo que en Chile se explotara para Chile la electricidad, el pretróleo, el fierro, la celulosa, el azúcar, la petroquímica, etc., con todas las ventajas que ello supone y principalmente la menor dependencia del exterior.

En aquellos años, en la década del 40, él era ingeniero de estructuras de la ENDESA y a la vez profesor de Resistencia de Materiales de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Como ingeniero, y a lo largo de su carrera, se ha hecho cargo de la estabilidad de numerosas obras altas, entre otras el edificio ENDESA y la torre ENTEL. Sobre ésta en cierta ocasión

tranquilizó a un periodista afirmándole que, si alguna vez se cayera, no tendría ninguna importancia, porque no habría ya nadie que se interesara en las telecomunicaciones. .

En alas de su profesión, ha viajado muchas veces por el mundo para participar en congresos de ingeniería sísmo-resistente, para dar conferencias sobre terremotos, de cómo mitigar sus efectos, o para dictar clases de su especialidad. Y en cada una de esas ocasiones, debido a que con nadie es más exigente que consigo mismo, ha dejado resonando el nombre de Chile.

Pero esto, que no es poco, no es todo. También tiene sus hobbies. El ajedrez, en cuyo tablero, según Borges "se odian dos colores", es tal vez el que mejor cuadra con su carácter, en la medida en que implica silencio y capacidad de abstracción. Es también un leal amante de la astronomía, al punto de tener en su casa instalado un observatorio propio para encumbrar la vista y trajinar las intimidades del cosmos, para lo cual lo ayudan sus conocimientos de la física tradicional no menos que de la cuántica. Por añadidura disfruta de la belleza del idioma castellano, cuando es bien manejado, ya en el habla ya en los textos. Y hay más, siente predilección también por ese juguete vivo y enigmático de los antiguos egipcios: el gato.

Más allá de su densa actividad gregaria en los espacios de la docencia y de la profesión, dijérase que en el fondo es un solitario, un introvertido, un ser que por la vía del pudor, llegar a veces hasta a la timidez. De pocas palabras, salvo cuando está con quien le contesta con monedas del mismo cuño, único modo de que aflore el diálogo no forzado. En estos casos, infrecuentes, su discurso puede ser una provechosa fiesta, en cuyos pasajes, que a menudo se transforman en paisajes, el hallazgo profundo de contenido suele ser presentado en la forma con fino humorismo. Es, de todas maneras, de pocos amigos, menos por falta de sentimientos que por haber nacido con un espíritu autosoportante. Donde se encuentre, aunque no lo parezca, está viéndolo todo, sintiéndolo todo, viviéndolo todo.

Profesional atípico, antípoda del especialista con anteojeras, su conciencia crítica se pasea también con propiedad en el espectro de la cultura humanista. Rodrigo Flores Álvarez está ciertamente siempre ocupado y preocupado, salvo cuando a veces, a modo de catarsis, se pierde voluntariamente entre las muchedumbre del centro, como quien busca borrarse a sí mismo, acaso para enseguida redescubrirse y descubrir nuevas verdades donde afirmarse mejor en este mundo que, por encima de los cálculos humanos, hasta ahora siempre ha sido un mundo ancho y ajeno.